

admirable, según relación del mismo historiador, ex que no morían de enfermedad y que, cuando se acercaba el fin de alguno de ellos, se despedía de sus hermanos y descansaba en paz, con un maravilloso contento de su corazón. Rufino y Paladio no hablan de todo lo que acabamos de decir como testigos oculares sino por relación del portero del monasterio; porque como hemos dicho, no era permitido entrar en el interior sino á condición de fijar allí para siempre su morada.

---

SAN PAFNUCIO, ABAD Y SANTA TAIS, PENITENTE <sup>1</sup>.

Pafnucio había establecido su monasterio en la estremidad del territorio de Hiraché, en la Baja-Tebaida. La vida que llevaba era tan santa, que le miraban menos como un hombre que como un ángel. Había muerto ya cuando Rufino fué á visitarle á su monasterio hácia el año 390. Así que Rufino escribió fundado en el testimonio de sus discípulos.

Un día, Pafnucio, orando, tuvo el deseo de saber si había aprovechado en la virtud. Un ángel le dijo entonces que podía compararse á un cierto músico que se ganaba la vida cantando en una aldea del vecindario.

Este paralelo le admiró y humilló. Con el deseo de instruirse más, apresuróse á ir á ver á aquel hombre de una profesión que ninguna relación tenía con la virtud perfecta, y a quien el cielo, sin embargo, ponía al nivel de un solitario completamente aplicado á los trabajos de la penitencia y á la práctica de la perfección religiosa. Su sorpresa fué todavía mayor cuando, habiéndole encontrado y preguntado por su

<sup>1</sup> *Vitae Patrum*, Rufino, Bulteau.

conducta espiritual, le respondió que era un gran pecador y que antes que ejerciese el oficio que actualmente tenía, no había vivido más que del robo.

Pafnucio le instó á que le dijese al menos si, durante el tiempo de sus latrocinios, le había acontecido hacer alguna obra buena; á lo cual respondió que solo se acordaba de dos: la una que, hallándose en cierto día con otros ladrones, se apoderaron de una virgen consagrada á Dios, á la cual, queriendo insultar sus compañeros, él la había arrancado de sus manos y conducido de noche á la aldea de donde era, sin que le hubiese sucedido ningún mal. La otra que, habiendo encontrado en el desierto á una muger desconsolada, porque unos acreedores que habían hecho meter en la cárcel á su marido y á sus hijos, la buscaban también para hacerla prender, se conmovió tanto que la llevó á su cueva, hizo volver en sí de la extrema debilidad en que se hallaba, á causa de que hacía ya cuatro días que no había comido nada, y le dió trescientas piezas de plata para pagar sus deudas y poner en libertad á su marido y á sus hijos.

Pafnucio, admirando estos actos de caridad en un ladrón, tomó de ellos ocasión para exhortarle á que se aprovechase de la misericordia de Dios. « A la verdad, le dijo él, yo no he hecho cosa semejante y sin embargo creo que no ignorais que el nombre de Pafnucio es bastante conocido entre los solitarios á causa del gran deseo que he tenido de instruirme y ejercitarme en su santa manera de vivir; y no obstante Dios me ha revelado que no os considera menor que yo. Así que, hermano mío, puesto que veis que no ocupais uno de los últimos lugares cerca de su divina magestad, no olvideis el cuidado de vuestra alma ».

Estas palabras movieron el corazón del músico y le llenaron de reconocimiento para con la divina misericordia. Al instante, arrojó las flautas que tenía en la mano, siguió al Santo

al desierto y se conformó tan fielmente á todo cuanto le prescribió para la conducta que debia observar que despues de tres años pasados en la práctica de las virtudes religiosas, entregó su alma á Dios entre los coros de los espíritus bienaventurados.

Después del dichoso fin de este piadoso penitente, Pafnucio se habia picado de una santa emulacion para adelantar más que nunca por el camino de la perfeccion, y á fin de conocer mejor lo que Dios pedía de él, le pidió por segunda vez que le diera á conocer con quién podía compararse ; y fuéle respondido que se parecia al principal habitante de la aldea más cercana. Fuése allá al instante, y no le costó trabajo hallarle, porque este salió á su encuentro, le llevó á su casa, lavóle los piés y le dió una opípara comida.

Durante esta, Pafnucio se informó de él sobre cuál era su manera de vivir ; pero le encontró más inclinado á declarar sus faltas que á explicar el bien que hacia ; y no hubiese conocido nada de sus virtudes, si él no le hubiese dado á conocer que Dios era quien le había enviado para saber de su boca lo que hacia en servicio suyo, y que hasta le había encontrado digno de pasar el resto de su vida entre los solitarios. « De seguro, dijóle entonces aquel hombre, yo no sé que ha ya hecho bien alguno ; pero puesto que me asegurais que Dios os ha revelado lo que a mí atañe, no puedo esconderme, ante quien conoce todas las cosas. Os diré, pués, cómo hé acostumbrado á portarme para con aquellos entre quienes me hallo.

« Jamás he negado la hospitalidad á nadie y nunca he permitido que se me haya prevenido en salir al encuentro de los forasteros y recibirlos en mi casa. Jamás he dejado salir á ningun huésped sin darle con que hacer lo restante de su viaje. Desde hace treinta años, vivo con mi esposa como un hermano con su hermana. No he despreciado á ningun pobre

ni dejado de auxiliarle en sus necesidades. Cuando se ha tratado de justicia y equidad, no hubiese sido capaz de favorecer á mi propio hijo con perjuicio de mi prójimo. El fruto del trabajo de otro no ha entrado en mi casa. Cuando he sabido que algunas personas se estaban disputando, he procurado siempre ponerlas de acuerdo. No he permitido que mis hijos dñesen lugar á quien quiera que fuese á quejarse de ellos, ni que mis rebaños causaran daño en los bienes de otros. No he impedido que otros sembrasen en mis tierras, y me he contentado con sembrar los campos que ellos me han dejado libres. He procurado, cuanto he podido, sostener á los débiles contra la injusta opresion de los más poderosos. He tenido cuidado de no incomodar jamás á nadie ; y cuando he presidido algun juicio, he hecho todo lo posible para concordar las partes más bien que condenar á ninguna de ellas. He ahí, por la misericordia de Dios, de qué manera he vivido hasta aquí. »

Una conducta tan caritativa deslumbró á Pafnucio, y no pudo menos de abrazarle con ternura ; y comprendiendo que podía ser uno de los mas ricos ornamentos de la soledad, le dijo que puesto que él había cumplido todas estas cosas, sólo le faltaba añadir la renuncia real de todos los bienes de este mundo, para llevar la cruz de Jesucristo y andar con mayor perfeccion en seguimiento de este divino Maestro.

Encontró su corazon plenamente dispuesto á seguir este consejo ; asi que, sin dilacion, se fueron juntos al desierto, en donde el Santo le alojó en la celda que había ocupado el músico. Dióle además los avisos necesarios para hacerle entrar en los designios de misericordia que Dios tenia sobre él ; y este segundo discípulo siguió tan fielmente las huellas del primero, que en poco tiempo llenó la medida de su santidad, y fué por último á recibir la corona de gloria en la eternidad entre las aclamaciones de los ángeles, segun se lo reveló Dios al Santo.

Este nuevo ejemplo sirvió todavía de aguijón à Pafnucio para hacerle adelantar más rápidamente en la perfeccion de su estado. « Porque, se decía él á sí mismo, si los que están en el mundo hacen obras excelentes ¿ cuánto más yo, siendo solitario, estoy obligado a esforzarme en adelantarles en los ejercicios de una vida penitente? » Asi que, aumentó, sus austeridades precedentes y perseveró más que nunca en la santa oracion.

Por tercera vez, deseó que Dios le diese á conocer el estado de su alma, y oyó de nuevo la voz del cielo que le dijo que era semejante á un comerciante que iba á verle, y á cuyo encuentro salió apresuradamente. Bajó al instante de la montaña y encontró en su camino á este comerciante, que por el Nilo había bajado de la Alta-Tebaida, de donde había traído muchos bajeles cargados de mercaderías que distribuía entre los pobres ; y se iba á su monasterio con algunos criados cargados de legumbres para regalárselas.

Apenas le vió Pafnucio, díjole : « ¡ Oh alma preciosa á los ojos de Dios ! ¿ porqué os ocupais de las cosas de la tierra, estando destinado para no ocuparos más que en las del cielo ? Dejad que los que no tienen sino pensamientos de la tierra se ocupen de ellas, cuanto quieran ; pero vos no tengais otro objeto que haceros negociante del reino de Dios y seguid fielmente á Jesucristo que os llama para servirle á él únicamente. »

Estas palabras produjeron el mismo efecto que en los demás. El comerciante ordenó á sus criados que diesen á los pobres todos los bienes que le quedaban, siguió al Santo á la celda en donde los otros dos habían vivido sucesivamente y habían muerto en la paz del Señor, hízose imitador de su santa vida, y en poco tiempo consumó su carrera con una igual santidad.

Dios se sirvió tambien de su siervo Pafnucio para las

obras admirables de su misericordia las cuales no menos contribuían al aprovechamiento espiritual de este santo solitario que al de los otros. Pero puede decirse que el más precioso fruto de su mision y en el que más resplandeció la magnificencia de la bondad de Dios, fué la conversion de Tais, todavía más célebre en la Iglesia por su penitencia de lo que lo había sido en el siglo por sus desórdenes.

A nuestro Pafnucio la atribuyen más comunmente los autores (Bult. 1, t. 5, n. 5. — Till. t. 10, p. 44.), y nosotros no le quitaremos su gloria, puesto que ninguna razon hay para darla á otro Pafnucio, puesto que el lugar y tiempo en que vivía hacen presumir justamente en su favor.

No se dice cuál fué la patria de Tais, ni la ciudad que sirvió de teatro á sus desórdenes ; sólo se sabe que fué en Egipto. Tuvo la desgracia de nacer de una madre tan perversa como lo fué despues ella ; porque, muy lejos de velar por la conservacion de su inocencia, solo le dió lecciones para perderla ; y esta seduccion doméstica fortalecida por una belleza, que puede llamarse matadora de almas, la hizo caer en las más grandes faltas.

Muy grande había de ser el escándalo cuando su rumor se extendió hasta las soledades ; pero no fué esto sino una disposicion de la Providencia, que hizo servir el celo de Pafnucio para llevar á esta oveja al redil del soberano pastor de las almas.

El medio que tomó este siervo de Dios para salirse con la suya, hace ver bastante que le había venido de lo alto, por la razon misma de que logró lo que pretendía contra las reglas de la prudencia ordinaria. Pafnucio se quitó el vestido de solitario, tomó uno de paisano, proveyóse de una suma de plata, y con este equipage fué á presentar delante de Tais, como para engrosar el número de sus cortesanos.

Tais no había estinguido del todo en su alma los prin-

cipios comunes de la religion. Creía en Dios, y estaba convencida de que hay otra vida en la que recompensa á los buenos y castiga á los malos ; pero estas verdades estaban ahogadas en su alma por el amor de los placeres y de las riquezas, y su fe no servía sino para hacerla más culpable por los crímenes con que ella la deshonraba.

Precisamente estas fueron las verdades de que se sirvió Pafnucio para hacerla decidir á la enmienda. Pidióle por de pronto que le introdujese en un punto en donde pudiese ocultarse no solamente á los ojos de las criaturas sino á los del mismo Dios ; y como le respondiera ella que esto era imposible, por estar Dios presente en todas partes, tomó de aquí ocasión para representarle cuán horrible era atreverse à pecar bajo los mismos ojos de Dios, y qué cuenta tan terrible tendría que dar ella en su tribunal por la pérdida de tantas almas que todos los dias arrastraba su conducta al abismo del pecado.

A estas palabras, reconociendo Tais que el que le hablaba no era otra cosa que lo que había creído, y obrando Dios con su gracia en el fondo de su corazon, arrojóse á los pies de Pafnucio, y le dijo derramando lágrimas estas pocas palabras : « Padre mio, ordenadme la penitencia que os guste, porque espero que Dios me concederá misericordia por vuestras oraciones. Os pido solamente tres horas de tiempo, despues de las cuales iré á donde gustéis y ejecutaré todo cuanto me prescribáis. »

La dilacion que pidió no fué sino para probar de una manera más brillante cuán sincero era su cambio. Recogió todo lo que había adquirido con sus pecados, como muebles y efectos preciosos, cuyo valor podía subir á cuarenta libras de oro ; hizolo llevar todo á la plaza pública y pególe fuego en presencia de todo el pueblo y, levantando su voz á fin de hacerse oír de los cómplices de sus crímenes, les invitó á imitar su conversion.

Despues de este sacrificio, se fué al lugar donde le aguardaba Pafnucio, quien la llevó á un monasterio de mugeres y la encerró en una celda particular cuya puerta selló con plomo, á fin de que nadie tuviese la temeridad de abrirla sin su permiso. Solamente le dejó una muy pequeña ventana por la que se pudiese dar de comer, y recomendó á las hermanas que no le llevasen cada dia más que un poco de pan y agua.

Así encerrada Tais, sin que pudiese salir para nada, suplicó á Pafnucio cuando iba á dejarla, que le dijese de qué manera debia orar y rogar á Dios. Respondióle que no era digna de pronunciar su santo nombre ni de levantar hácia el cielo sus manos manchadas con tantos crímenes ; sino que se contentase de volverse hácia el Oriente y repetir con frecuencia estas palabras : *Vos, que me habeis formado, tened piedad de mi.* Ella se sometió humildemente á esta penitencia y la practicó con mucha fidelidad. Tres años despues, Pafnucio tuvo compasion de ella. Fué á encontrar á San Antonio para saber de él si Dios le había perdonado sus pecados. Sin embargo no le dijo el suieto por el cual iba á consultarle, esperando que Dios se lo daría á conocer ; y San Antonio, habiendo reunido á sus discípulos, les ordenó que pasasen la noche en oracion, separados los unos de los otros, para ver si Dios revelaríaá alguno de ellos la causa de la llegada de Pafnucio.

San Pablo el Simple, como lo contamos ya en su vida, fué á quien Dios la manifestó. Hizole ver en el cielo una soberbia cama guardada por tres vírgenes, y le dijo que estaba reservada para Tais. Al dia siguiente, Pablo dió cuenta de esta mision á su bienaventurado padre Antonio ; y Pafnucio, habiendo conocido por esto que Dios había perdonado á Tais, fuése al lugar en donde la había encerrado y abrió su puerta para hacerla salir de allí.

La Santa penitente le testificó que deseaba terminar

allí sus días ; pero, tan dócil á las órdenes de su padre espiritual cuanto había sido sumisa en la penitencia que le había impuesto, díjole solamente que, puesto que Dios le había hecho la gracia de perdonarle sus pecados, no había hecho otra cosa desde su entrada en aquella celda, que ponerlos como un monton delante de sus ojos, contemplarlos sin cesar y llorarlos mientras los consideraba. Tambien por esto, le dijo Pafnucio, y no por el rigor de vuestra penitencia, Dios os los ha perdonado.

Tais no sobrevivió mucho á su salida de aquella especie de carcel. Quince dias después, su alma fué libertada de la de su cuerpo, y fué á gozar de la felicidad que Dios le había preparado. Los Griegos honran esta santa penitente el 8 de octubre, como tambien los Latinos.

En cuanto á Pafnucio, sus actas no dicen ni en qué año murió. Rufino indica solamente que, perseverando en una muy austera penitencia, se le apareció un ángel y la invitó á seguirle á los eternos tabernáculos, en donde los profetas se preparaban para recibirla. Al dia siguiente de esta aparicion, añade el mismo historiador, fué el último de su vida <sup>1</sup>.

---

### SAN MUCIO ó PATERMUCIO,

PENITENTE Y ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA,

Y COPREZ, SACERDOTE Y ABAD, SU DISCIPULO <sup>1</sup>.

Todo fué maravilloso en Mucio, á quien se llama tambien

<sup>1</sup> Algunos Latinos hacen memoria de este San Pafnucio el 3 de marzo ; otros el 29 de noviembre. No se encuentra su nombre en el ritual de los Griegos.

<sup>2</sup> *Vitæ Patrum*, Rufino, Casiano, Tillemont.

Patermucio. Su vida fué un tejido de prodigios y virtudes. Ni siquiera sé si lo que vamos á contar, bajo la fe de Rufino, será creído por muchos. ¡ Tan extraordinario es ! Pero, despues que Jesucristo dijo que la fe es capaz de trasladar las montañas de una parte á otra, nada debe admirarnos en estos Santos.

Mucio juntó en un principio los horrores del latrocinio á la idolatría. Fué un insigne ladron y se cubrió con toda clase de crímenes ; hasta tal punto que ni perdonó los sepulcros que eran respetados de los mismos paganos.

Dios cambió su corazon casi en circunstancias semejantes á aquellas en las que convirtió al Apóstol de las naciones ; es decir, cuando tenía la intencion actual de ofenderle, ó más bien, en el ejercicio actual del pecado. Había subido, cierta noche por medio de máquinas, al tejado de la casa de una virgen consagrada á Jesucristo, para tentar de penetrar dentro y llevarse lo que pudiese. Pero el Señor que velaba por la seguridad de su siervo, y quería hacer de él uno de sus más fieles servidores, no permitió que llegase á realizar su pernicioso designio.

Trabajó hasta muy entrada la noche, sin que sus esfuerzos le saliesen bien, y se fatigó tanto que, rendido por el cansancio, durmióse finalmente en el tejado. Mientras dormía, se le apareció en sueños un hombre venerable, le reprochó sus latrocinios y sus asesinatos, exhortóle á emprender una vida tan santa cuanto era horrible la que llevaba, y le hizo ver una numerosa hilera de solitarios, cuyo superior estaba él destinado á ser.

Al despertar, se encontro en tan diferentes disposiciones de las en que se encontraba ántes, que no se reconoció, por decirlo así, á si mismo ; y en este momento presentóse delante de él la virgen cuya casa quería saquear, y le preguntó quién era y qué tenía que hacer en aquel lugar. Él estaba tan grandemente admirado que no supo qué res-